

LA REBELION

PERIODICO SOCIALISTA-ANÁRQUICO

Int. Institut
Soc. Geschiedenis
Amsterdam

EDICIÓN EXTRAORDINARIA

¡El amor libre en Montevideo!

Interview con Roberto de las Carreras

Con motivo del Waterloo amoroso de Roberto de las Carreras, que convulsiona nuestro país, hemos tenido el gusto de entrevistarnos con el anarquista en sus elegantes habitaciones del Hotel Central.

El parisién se nos presentó con un chaleco rojo como un incendio, *dernier cri* del boulevard. Roberto de las Carreras, y esto es tan público como la traición de su querida, es un refinado, nacido en la tierra de Zapicán por un capricho de la famosa Naturaleza.

—Los ingenuos uruguayos (nos dijo con su fina sonrisa) me consideran un marido burgués, engañado, un Bovary, y me fallan á sonrisas por la espalda. (Con aire compasivo) Se encuentran en un *grenier* error: Yo no soy un marido. Si bien es cierto que he pasado por la comedia de la unión burguesa, y que arrojé una firma al Registro Civil, como se arrojan papeles á un canasto, creí haber destacado suficientemente, por medio de una carta, que publiqué en un periódico anarquista, mi verdadera situación amorosa.

En primer lugar, el objeto de aquella formalidad, fué simplemente, como lo dije entonces, impedir que el Juez de Menores, usando de un derecho atávico, resolviera á mi querida, en un convento, por el solo delito de haber amado... Usé de la burguesía contra la burguesía, y aseguré la libertad de una mujer que yo había arrancado al prejuicio.

Fué un acto de política y de lealtad. Estas razones se vieron claras en mi comunicación al público. Proclamé mi fé anárquica. Dije que el matrimonio es un valor nominal como el papel moneda; que ese valor no consiste más que en el hecho de reconocerlo y por lo tanto me consideraba yo tan casado como si me hubiera unido en matrimonio por los ritos de alguna de esas tribus salvajes para los cuales el casamiento consiste en que los novios, en un instante dado, dejan caer un cántaro que se estrella contra el suelo.

Reconoci el matrimonio, pateándolo con mi artículo de *El Trabajo*, mientras me dirigía al Juzgado; habiendo, por otra parte, lucido en los paseos, ante las reti-

nas atónitas de nuestros burgueses, un hijo hecho sin el permiso del Juez.

Mi casamiento, ni así puede llamarse, fué toda una sileosis de mofa, resonante oarcajada contra el pedantismo catafalco de las instituciones burguesas. ¡Todavía me río!

Roberto de las Carreras hizo una pausa en que hubo risa y al mismo tiempo como una penumbra...

—La ansiedad montevideana; continuó; que no brilla por su inteligencia (sonrió indulgente) comprendió mi actitud, al punto de que no sólo no se nos recibió en los salones, á mi querida y á mí—pretenderlo hubiera sido hiperbólico,—sino que en la calle nuestras matronas, depositarias del fiasco sagrado de la moral burguesa, pretendían quitarnos la derecha por un prurito de vindicta.

Ahora bien, después de todo esto ¿cómo es posible considerarme marido? Es una imposición gratuita de los burgueses.

—¿Y cómo amante no se considera usted humillado?

—*Jamais de la vie!*—He conservado durante cuatro años una mujer nerviosamente apasionada, un filtro mágico de corrosiva lujuria, una centárida humana, una berberiza de mis sueños de harem; existimos vivientes, en este país en que las mujeres son pacíficas y se destacan por un aire de néctico, por una expresión desesperante de monótona tontería. Ella parece más bien una hija abrazada de los félgidos arenales, con sangre de panteta, convulsionada los sentidos por la lava del Simeón!

Conservar una mujer encendida durante cuatro años es un prodigio que no puedo comprenderse entre nosotros.

Cierto, no han de enorgullecerse de él, los inocentes maridos para los cuales la luna de miel dura apenas lo que una luna: cuatro semanas; que confunden cuando no son cornudos (y los cornudos abundan mucho en Montevideo; les hay hasta en los Directorios de los partidos)—la fidelidad que sus mujeres guardan á la opinión pública ó al deber, con una fidelidad de amor por su zafia, pálida y orienturaca persona!

Los burgueses están extraviados. El Amor no es la virtud. El Amor muere joven. Es una fatalidad de la Naturaleza. El ideal de Amor debe ser integrado con un sin número de mujeres. Querer haberlo de una mujer única es como pretender crear una ópera con una sola nota del pentágono ó escribir un libro con una sola letra del alfabeto. Dicen los griegos, esos maestros reconocidos en belleza, en filosofía, en arte, y en amor, que pretender ser amado exclusivamente es una locura de mortales. Sería curioso que el Amor, cuyas alas frías se han escurrido entre los dedos de los semidioses: de Cátulo, de Masnet de Horacio de Lord Byron, se encontrara prisionero en los hogares montevideanos junto á la cocina y al retrete!

—¿Puede saberse por qué razón vivió usted en Buenos Aires separado de su amante?

Roberto sonrió.

—Mi querida estaba á punto de sucumbir quemada en mis brazos! Puse todo lo helado del Río de la Plata entre sus ardores y yo...

El parisién se abandonó en un diván y cruzó la pierna en la que se marcaba el músculo vigoroso del esgrimista.

—No tenía noticias de la alevea.— Los uruguayos, esos espías, cuidadores de las mujeres ajenas, se han vengado de mi desprecio por su policía desinteresada de investigaciones, no informándome sobre lo que sucedía... Comprendí por un rayo de sagacidad psicológica como un astrólogo en las estrellas leí en los ojos tenebrosos de la Afrodisiaca el horóscopo funesto de su traidora sensualidad. Virtud de ocultista... Si la poseyeran los uruguayos leerían en el rostro de sus mujeres iguales revelaciones!

—¿Sabría usted designarnos cuales son los maridos uruguayos mordidos por el irascible Minotauro?

Roberto dejó caer de sus labios, desdenosamente:—Todos!

—¿Cree usted que debe atribuirse al Amor el abandono de su querida?

—Lo dedo.

—¿El nuevo dueño es superior á usted como hombre?

Roberto sonrió con la satisfacción que proporciona la seguridad de sí mismo.

—Según ella, ha confesado con admirable desenvoltura á uno de mis amigos que la interrogó andazmente: su nuevo amante: es regular, no es gran cosa!

En cuanto á mí, recuerdo que después de los transportes, de vuelta de su carrera anhelante por los Campos Eliseos de la sensualidad, la Voluptuosa, me felicitaba en cinco idiomas distintos: May bien! Tres bien! Molto bene! All Right! Sehr zut!

—Hay de que estar satisfecho como amante; subrayó Roberto. Después, acaso el pimientito rojo del cambio, la mostaza candente de la intriga, el condimento victorioso de lo prohibido...

—Flor de charco parisien! exclamamos. Roberto continuó con un tono dogmático:

—Mi error fué no hacerla casar. Renunció torpemente á ser el fruto vedado que no sacia nunca. Fui marido para ella. Me arrancó la aureola!

Una pausa.

—Me es imposible sentir celos de ese parainfante á quien no considero mi rival.

Al hallarlo infraganti con mi Favorita cediendo á un arranque heredero de mis abuelos de las cavernas, y del cual me arrepiento, le di una bofetada... El parainfante muy conocido por su condescendencia de invertido sexual entre los muchachos alegres, se escurrió aterrorizado entre las sábanas; se hizo un ovillo y me dijo con una voz aullada, en un tono elegíaco: *No me pegue que soy un hombre enfermo!*

Declara la Favorita, que indignada por la cobardía de su amante de ocasión, lo echó á la calle!

¿Siente usted odio, por la mujer que lo ha engañado con ensañamiento?

Como elegante no puedo perdonarle que se haya acostado con un uruguayo, con un aspirante á marido; como Sultán mi soberanía se resiente y se encrospa ante la imagen de una esclava del harem que se abandona á un siervo en las cuerdas; pero como anarquista admito á la rebelada, que con un valor de impulsiva hace saltar las cadenas de su sexo y sueña, volviendo femenino el ideal de Nietzsche con ser una carnívora voluptuosa errando libremente! Es mi discípula!

Su traición es mi obra. ¡Yo la he libertado! Yo he ejercido sobre ella una doble fascinación. Incorporé á su sangre las máximas anárquicas y eduqué sus sentidos en las exquisitas sibilancias del refinamiento: flor cultivada en el invernáculo de mi lujuria... En sus cálidas grietas germinó mi pensamiento. Escribe con mi pluma. He aquí la carta que me dirige con motivo de nuestro divorcio anarquico y que prueba hasta la evidencia mi papel de magnetizador...

Conciudadano:

«Si te quisieras arreglar conmigo, lo puedo hacer anárquicamente quedando cada uno en libertad de hacer lo que le plazca. Sinó me es indiferente. Aunque sola y muy pobre seré honrada. Aunque sé que valgo mucho jamás abusaré de mi sexo, ni pondré negocio con mi sensualidad. Si así lo hiciera tendría mucho dinero, pues hay muchos que me lo darían. Pero tengo un hi-

o y soy honrada. E pero de tu mucho talento que procedas con anarquismo y arreglarnos. Procede como un amante. No procedas como un marido burgués. Sé siempre discípulo de Kropotkin. Conserva siempre igual. No retrocedas en la mitad del Evangelio!

Yo sí y seré siempre anarquista. Así espero tu decisión. A Rul no le verás jamás á no ser con la madre. De otro modo, te lo juro, no lo verás.—Berta.

—¿Cree usted, il gar á reconciliarse con su amante alguna vez?

No creo posible desprenderme por completo en el atavismo sentimental... concluyó Roberto con su sonrisa.

Nos despedimos de él, felicitándolo por su gloriosa actitud, por su buen gusto, por su fortuna, por su revancha sobre el Antropoide, por la originalidad que el Destino imprime á todos los sucesos de su vida pintoresca: y nos retiramos con la profunda convicción de que si en este drama hay un marido, es indudablemente el efébo tembloroso, escondido de susto entre las sábanas; larva de hombre, insulto á la virilidad, vergüenza del sexo, de-honra de los amantes, arrojado ignominiosamente á la calle, como inservible, por la querida nau-seada!

“Gérmenes”

Novela de Enrique Crosa

A un pensador que sabe ser independiente; dice la dedicatoria con que me obsequia, la amistad del novelista al enviarme su libro. Y es con esa reconocida independencia de las almas libres, que voy á hablar, á exponer la sinceridad de mis impresiones al leer *Gérmenes*. No cortan los vientos de mis inspiraciones el fanatismo del sectarismo, ni tampoco me he atado á los pies la ambición como una bala de plomo que me impida marchar libremente, ni llevo el uniforme degradante de ninguna bandería. Sé bien que se paga caro en este ambiente, ese placer de sentirse fuerte para enrostrar la verdad; que por mostrarla hermosa, radiante, como si llevara en la frente un foco de extrañas electricidades, desnuda, en el esplendor de sus formas, como otra Afrodita divina, no me he sentado al luculiano banquete de los poderosos de la tierra; he preferido á tener una caja de hierro con muchos millares de libras esterlinas y un cerebro fofa de cotizador de 50 por 100, he preferido, poseer un cerebro de pensador independiente con millares de ideas hermosas y por toda riqueza, una mata de rosas blancas con que perfumar mis intervalos intelectuales, allá en horas dulcísimas en que la Adorable descubre su rostro circasiano de entre las ondas oscuras de sus cabellos surgiendo más radiosa de aquel eclipse instantáneo de su belleza madurada al ardiente sol de sus pasiones estivales.

Justador severo de la verdad, he hecho rastallar el látigo de mi estilo en muchos oídos acostumbrados á la melosa canción que bosa y adula en sus giros serviles; por eso, he alejado de mí algunos seres

opacos que se creían indispensables para que marchara el mundo; y que al notar que á pesar de su desdénosa indiferencia, las estrellas seguían su curso hacia destinos superiores y al ver que, á pesar de su desprecio, las ideas hermosas marchaban en hombros de las muchedumbres libertadas, ellos, los seres opacos, se detenían en mitad de sus digestiones pesadas y nos mostraban el escorzo de sus puños groseros de pugiles acaparadores de oro infame!

Y la verdad en la hora presente, es, que á medida que iba leyendo *Gérmenes* después de las brillantes descripciones de las primeras páginas, cuando me enteraba de que Antonia la modista ambiciosa, se entregaba á Pablo allá en las penumbras dulcemente cómplices de Bella Vista, entre un silbido y otro de las locomotoras del tráfico como si el ritmo de aquel placer furtivo fuera marcado por el vaivén de los émbolos en las aceradas roscas de las máquinas febricitantes—entonces, levantaba mis ojos de la página y pensando en la obrera de costuras, eterna calumniada en nuestro ambiente, como si tuviera al autor delante,—al autor con su rostro de líneas simpáticas y sus cálidos ojos vivaces—protestaba.—No hay que perpetuar el estulto perjuicio: la honrada mujer que trabaja doce horas encorbada sobre telas lujosas que vestirán las carnes perfumadas, lustrosas, y pecadoras de las muñecas á la última moda; la altiva mjer que lleva sus dedos hermosos acribillados por los pinchazos de la aguja, no merece esa pintura cruda de un realismo Zoliano; en cambio, aquella novia aristocrática, hija de cierto Diputado y de una mujer todavía joven que se llama ponerse una careta de belleza, pasmada triunfante por los salones brillantemente iluminados en el baile de una Legación, esa novia que se casa, con todo fausto y ruido, después de haberse entregado á juegos peligrosos con el navío, es allí, en la boda suntuosa de aquellos dos muchachos demasados licenciosos, donde se requería la paleta del escritor cargada del colorido de la Verdad; cuatro brochazos crudos, vivos, sanguinolentos, sobre el traje de blanco raso de aquella novia que no tiene en su cuerpo ni una pulgada de carne pura, para que pueda besarla la madre el día solemne de su boda!

Pero, á medida que leía, que me sentía poseído por una dulce voluptuosidad intelectual jamás superada por las satisfacciones fisiológicas inevitables; á medida que las escenas se desenvolvían, bien pintadas, como el tráfico ramaron del Correo y las cuatro observaciones de fina psicología sobre el destino de las cartas; cuando vi que Antonia, con los quinientos pesos extraídos á Balastre, el segundo amante, va á buscar á Pablo para casarse con él; y cuando ví que este no le hace ascos al dinero, á pesar de conocer su turbia procedencia, y observé que aquellos dos seres con innobles ansias dominadoras iguales, como tallados en el mismo fango; cuando llegué al final de *Gérmenes* y comprendí que en el negocio que establecen ambos está la base de su fortuna galcante, el germen de la futura burguesía que se arrastra en coche y ostenta la insolencia de sus

brillantes de primera; y cuando repetí la lectura de las páginas magistrales que resumen toda la obra, y dan vigor insustentado a la tesis del libro, entonces, comprendí a *Gérmenes*, penetré hasta el triángulo del pensamiento del escritor y sentí que entre las manos tenía una verdadera obra luminosa.

El apego al oro está por destruir el Amor a lo bello; ha dicho el ilustrado neuropatólogo oriental José Ingenieros. Y como Antonio, y como Pablo; penitentes séres que se agitan para explotar un negocio para continuar acunando monedas con todas las bajas falsificaciones a que se presta el ambiente, desde las adulteraciones del alcohol, hasta los fraudes políticos; hasta los doblegamientos del carácter porque para medrar es necesario tener rasas lenguas que frental. ¡Cuántos como esos dos que esperan ocultos en las sombras de sus insignificancias para asaltar a la fortuna con el puñal de sus audacias como piratas de alto de bordo! ¡Cuántos gérmenes, semillas fecundas de ambición y latrocinio disfrazado en el terreno productivo de nuestra burocracia familiar!

Gérmenes de la aristocracia del cuerpo, de la aristocracia del jabón, que mañana, ligará al lecho poluto de su placer brutal con la cadena de oro que estenta en su vientre insolentemente antieético, a las pudibundas niñas que desde criaturas están preparadas, con el traje, con el gesto, para vender los hechizos de su cuerpo y ahogar los sueños floridos de sus veinte años; trata de blancos que no disimulan ni el contrato civil ni la rúbrica de los cuatro testigos oficiosos...

Gérmenes de advenedizos que a fuerza de intrigas ocultas suben, reptiles nauseabundos! hasta los puestos públicos, mejor ventados; parásitos sociales que con burdos sofismas hacen legales las escondidas manías de que se han valido para sobrevalorar sus miserias! Y toda la turba de logreros, de caudillos, de aventureros de bombacha y de aventureros de levita, que, como dice Dante, serían capaces de vender hasta los huesos de sus abuelos muertos!

Después de leer las últimas páginas de *Gérmenes* desfilan ante nuestro sensorio, todos los poseedores de río revuelto social, político, religioso; por eso, dolará a muchos la aparición de este libro luchador y valiente; hará que se levanten muchos labios como en una marea de desprecio, pero en realidad, será, para mostrarle al autor los dientes de bestia acorralada por el látigo de aquel estilo vibrador e incisivo.

Crossa, ha producido con *Gérmenes* obra de varón fecundo; ha creado una obra con vigorosa vida, con placer de artista, con la alegría viril del que se sabe creador potente. Si, obra de varón fecundo: el título más elevado en una vida hermosa por bellísimos ideales. Santa, divina, fecundidad del intelectual filósofo que no se deja seducir jamás por el canto de las sirenas auríferas, ni se doblega, ante las rachas de las tempestades sociales que silban sobre su cabeza, ni cierra los ojos ante la luz sanguiolenta del rayo que vibran los Júpiter centípetos: dioses gratuitos que harían reír a plena boca sino costarían al mundo tantas lágrimas y duelo tanto!

Constatan otros críticos minuciosos a

qué escuela pertenece la nueva obra; yo sé que es un triunfo para el autor y también para todos aquellos que llevamos en la mente encendida, una antorcha de grandiosos ideales. Y yo pregoné ese triunfo literario, exaltando: yo muestro a todos, alborozado, esa victoria del libro pensamiento en nuestro ambiente. La columna de los audaces, de los fuertes, aumenta: pronto, cuando se produzca el proletariado intelectual que están incubando centenares de estudiantes de profesiones liberales, entonces, seremos legión inconstatable; quien podrá arrestar a las dos enlozadas fuerzas unidas, la del músculo y la del pensamiento?

El triunfo se acerca; lo anuncia esa paloma luminosa del libro nuevo. Las alas blancas de la Victoria del Ideal cruzan el cielo de la América latina: sueñan las fanfarrias triunfadoras de una aurora que será día espléndido mañana.

Francisco C. Aralla.

LA TRATA DE BLANCOS

Nos ha impresionado realmente un brillante artículo de la distinguida escritora Arvéde Barine en *Le Figaro* de París que trata la cuestión interesante del comercio de esclavos ejercido en Europa y América con toda impunidad, con todo descaro.

Es bien sabido que todos los años desaparecen de sus familias millares de muchachas honradas, cual si se las tragase un abismo; sus padres y parientes jamás vuelven a saber de ellas. Las pobres criaturas cayeron en las garras de poderosas asociaciones, bien conocidas de la policía, mas ante las cuales los tribunales halláanse desarmados por la insuficiencia de las leyes de represión. No tardará, felizmente, en reunirse en París una conferencia internacional contra ese vil comercio, una de las más asquerosas llagas de nuestra pretendida civilización.

Arvéde Barine refiérenos el modo como funcionan las grandes casas de exportación cuya especialidad consiste en expedir muchachas para los diferentes puntos del globo donde escasea dicha mercadería. Las principales tienen su asiento en Buenos Aires, en Nueva York y en Río de Janeiro. Halláanse organizadas como cualquier otra empresa comercial. Las dos principales de Nueva York tienen cada una un presidente, un vicepresidente, un secretario, y un consejo de administración. Para el caso de dificultades con la justicia poseen igualmente un consejo judicial y uno de varios abogados. Todas han adoptado el mismo código telegráfico, solo de ellas conocido. Sus directores son siempre sujetos bien vestidos que frecuentan los mejores teatros. Veamos a uno de ellos en campaña. Oficialmente es joyero. Sus viajes de negocios obligante a ir frecuentemente a Europa, ya bajo un nombre, ya bajo otro. Antes de partir, escribió a sus agentes, que operan principalmente en Rusia, en Rumania, y en todas las antiguas provincias polacas. Los agentes recorrieron el país y organizaron la lista de las muchachas bonitas y pobres que les parecerán dispuestas a expatriarse

para ganar mejor salario. Una de ellas consistiría en partir para ser zibara o camarera; otra, costurera hábil, otra de extraordinario hallarías en que la encontrarían para ir a trabajar en casa de cualquier modista de un país distante.

Señor a algunas las esperanzas de hallar marido en aquellas tierras de afuera el Atlántico, donde según oyeron decir, son escasas y muy solicitadas las mujeres. —Nuestro hombre recibe la lista y procede él en persona a escoger en el momento.

Hay muchos medios para hacer caer a las víctimas. Uno de ellos consiste en publicar en los periódicos del país un aviso pidiendo una joven para el servicio de una familia extranjera, muy respetable seguramente, y que ofrece óptimo sueldo. Otras veces los agentes introducen en la casa bajo un pretexto cualquiera y ofrecen las ventajas de la propuesta. Es necesario no tener la más mínima idea de la miseria e ignorancia de ciertas poblaciones del oriente de Europa para hallar extraordinario que esos miserables vendedores consiguen organizar sus levas. En Prusia, donde su comercio es también muy floreciente, vense obligados a presentarse mayores. Uno de ellos que llegó a Hamburgo en Mayo de 1900 proveniente de Estados Unidos, insinuóse en una de una pequeña industrial, hizo la corte a la hija y pidióla en casamiento. Llamada precipitadamente a América — así lo pretendió por lo menos — consiguió, tal confianza supo inspirar, que su novia casara con él, llevándole su dote y su ajuar.

Al desembarcar el miserable, después de robarle cuanto tenía, hizo con él lo que no es necesario decir. A partir de aquel momento, la desdichada era su objeto de comercio.

Organizada la leva, parte en pequeños grupos, bajo la dirección de un agente de confianza que los dirige hacia puntos de embarque donde sea imposible a los pobres engañados explicarse, por ignorar el idioma local. Espéranlos allí otros agentes que se instalan en el buque que debe transportarlos a su destino. No han mucho que la policía de Londres impidió el embarque de dos rusas lindísimas que creían partir para Sud África donde se les había prometido decente colocación, y que en realidad el agente expedía a Buenos Aires desde otro agente las esperaba.

Por lo general, es bajo un nombre supuesto y con pasaportes falsos que hacen viajar a las víctimas. Algunas de ellas, a quienes esto parece sospechoso, refúsanse a partir. Pero cuando son muy ingenuas e ignorantes, nada comprenden, y la promesa de una buena colocación que les permite mandar algún dinero a su país, les las deja concebir sopechas.

«Hías embarcadas: bálas desbaratadas en un país desconocido, del que cualquiera saben el nombre. La promesa que esperaba, anuncios invariablesmente que el empleo prometido está tomado. La familia no pudo esperar mas tiempo. Pero se tendrá cuidado de las recien llegadas, se les procurará otra cosa.

«Llévanlas entonces para el depósito del reclutador.

«En Buenos Aires, dice Arvéde Barine,

las cosas que sirven para este fin tienen
algunos para los dos en que la poli-
cia criminal domina la industria. Una
que es el caso, la mercancía está por-
tada a los lugares en que la policía, vi-
gilante y criminalista. Una de ellas que,
sin embargo, es común a las dos, viene
destinada a los dos en que la policía,

Tales amenazas lo retiraron la ropa, probablemente para hacerlo imposible de avanzar. Atirada con amenazas, y los pasaportes salieron vivos para eso.

Contó otra fugitiva que la amenazaban de muerte en una casa de corrección para todas la vida si persistía en no monjarse. Cuando el moral está exhausto de fuerzas para resistir más, dijo: se la desgraciada al diablo; y cuando el depósito está vacío, sembró el patito a organizar una nueva horda de carne fresca.

— ¡Ah! pero, si poseeramos un poco en algunas historias sociales — secretas y á veces prohibidas de nuestro ambiente — vemos que el trato de blancos no solo se hace en la forma gruesa que antaño existíamos junto con Aracida Barrios. Hay padres despotas, hay hermanos venales, interesados en que sus hijos ó hermanas se casen con tal ó cual individuo del dinero ó posición social; y las mujeres, las atarran con amoros, las encierran, hasta que las infelices cansadas de sufrir, muertas, moralmente, debidos doblegarlas al interés del padre ó del hermano, brutasen venal para vender, bajo la forma legal del matrimonio á aquella pobre mujer, carne de plaza vendida al más alto precio.

«No es de reposar tan solo donde se vende la libertad del dinero, es también en la casa de familia el amparo de la luz! ¡Cuántas miserabilidades secretadas hay que victiman a la vanidad de padres o hermanas almas con el marido (sea es la forma de la vida) germen (sea es la realidad) espontánea encerrada, sin ver la calle, por temor que la esclava se rebule y proteste, como un feroz de aquella cárcel desmoldada por muchos, por irónica figura, llaman: **la casa de familia!**

El trato de blancas es un comercio mu-
cho más antedicho de lo que muchos creen;
y algunas vez tendremos ocasión de nar-
rar los hechos de LA REBELIÓN y la historia
lamentable de uno de estas infelices so-
ciedades por la avidez de posición so-
cial de las parientes; historia de infamias
guerrilleras contra la libertad moral y fi-
nanciera de una conocida señora; historia de in-
justicia que ha de clamor por el vestigio
de los criminales, que aprovechando ciertos
momentos oportunos que le dá este ambi-
ente social está cometiendo uno de esos
horribles crímenes que roeclaman á gritos
la intervención de todo un pueblo!

Ermo Inari.

LA PROPIEDAD

La propiedad no es sagrada; la propiedad es la corrupción; es el robo hipócrita y criminal, con todos los ensañamientos, crueldades y elevosías en su más alto grado.

Dicho así, está muy bueno, pero muy

La gripiada engendra los edios, los
cañones; por ella hay esclavos y prosti-
tutas; por ella alardean los padres á los
hijos y viceversa; por ella se arrastra me-

dia humanidad, sucúlida y andrajosa, en
bocas de un mandrugo. Es lo más estapi-
do, lo más iníquo, lo más antinatural; es
la fuente de donde manan todas las mise-
rias y trastornos. Ella hace que la tierra,
que sería un paraíso (ba-tanta mejor que
el contemplativo y tonto de la Biblia), sea
un infierno, convirtiendo al hombre en un
ser más degradado que un irracional, que
puede llegar a aborrecer su existencia y a
maldecirla.

Todos los productos de la tierra son comunes, como el sol y el aire; pues no es de creer que la naturaleza haya sufrido sus revoluciones, sus trastornos y cataclismos hasta ser lo que hay en, sólo para beneficiar á una clase determinada.

Todo lo que nos es agradable, todo lo que nos emancipa del bruto, todo lo que hace que el hombre sea un intelectual, en vez de una bestia de carga; todos los instrumentos de trabajo, todas las máquinas, desde la primera hacha de sílex, hasta la última máquina perfeccionada, son obra de innumerables generaciones, de sufrimientos sin cuento de infinidad de trabajadores.

Ningún artista, ningún industrial, ningún inventor, han podido realizar sus obras, ni menos mejorarlas, sin el auxilio de "herramientas y conocimientos de sus antecesoras", ni sin la ayuda de sus contemporáneos. Nadie, pues, tiene derecho a decir «Esto es mío»...

Vivimos de anomalías.
Se persigue al ladrón, se le llena de

oprobio, se le manda á presidio. Sin embargo, ¿qué fueran los primeros propietarios, sino unos bandidos? ¿De qué se origina la propiedad, sino de los hechos de aquellos forajidos?

Se hicieron fuertes por la fuerza, se organizaron y escribieron leyes para hacer sagradas sus rapinas y hasta les dieron un carácter divino (1) para mejor asegurar sus propiedades.

Ya fuertes y subyugadas las masas ignorantes por la fuerza, las leyes y la superstición, convirtieron al que nada podía, por ser menos malo, o menos cauto, en bastia de carga y en instrumento de trabajo; y así, el señor feudal, el amo, el capitalista, han ido poco a poco apoderándose de todo, escribiendo leyes al mismo tiempo, hasta el punto de prohibir pasar por determinados sitios, y monopolizando hasta el sol y el aire, haciendo vivir al pobre en habitaciones raquíticas y falta de higiene, como si la tierra se hubiera enfriado sólo para ellos, o como si hubieran sido mandados de otro planeta por una divinidad, para mandar a los hombres de la tierra.

Y esos poderes así constituidos que deben ser nobles a las violencias suyas y de sus antepasados, paraguas a los bandidos; ¿por qué? Porque ellos cuentan con una partida más numerosa, más disciplinada, que puede ejercer sus actos vandálicos impunemente; pasa mientras se aborrea a los pequeños bandidos, se condecora a los bandidos grandes, sin duda porque ejercen la industria, al por mayor y con música.

No hay más razón; pues mientras haya bandidos en grande, cualquiera, cuando quiera, puede ser bandido en pequeño. Igual derecho asiste á unos y otros, y aún habría mucha lógica en favor de los últimos.

La fuerza es una brutalidad, no una razón; ni es lógico que se ahorque al que roba y mata por uno y se condonee y haya que descubrirse ante el que roba y mata por mil.

Pero dejemos eso. Supongamos que la propiedad individual deba de existir.

¿Quién tiene derecho a ser propietario?
Vosotros, sin duda, banqueros ministros,
poderosos. Vosotros, que os habéis ex-
puesto a estrecharlos desde el andamio para
convertirlos en vuestra nación: vosotros, que

(1) «Del uso de poner límites nació el día Término, protector de la propiedad». (Clemente y Nelli-
glón).

os habéis introducido en las entrañas de la tierra para sacar las alhajas con que os adornáis; vosotros, que arrostráis la tempestad del Océano; que os tuesta el sol y os hiela la nieve cavando la tierra; vosotros, que habéis construido caminos e inventado los medios de locomoción y pasáis las noches en vela para ser útiles en algo a vuestros semejantes.

Haced bien en conservarlos a vuestro. Los demás, que mueran a la puerta de vuestros palacios aterridos de frío, porque no construyen; que mueran de hambre a los sostengas anémicos, gracias a vuestros filántropos sentimientos, porque no cultivan; que no viajen, porque no construyen ni inventan; y si protestan por el dolor que los produce el hambre en sus estómagos, dad cargas de caballería, restableced el orden, haced entrar en razón a esos belacos, que quieren participar de lo vuestro, que tanto esfuerzo os ha costado el poseerlo.

¿Qué sería la humanidad sin vosotros, sin vuestras sabias leyes, tan bien dispuestas para refrenar las malas pasiones, para extirpar los vicios, los malos instintos? Horror de el pensarlo. Se despedazarían los hombres como fieras...

Farrington

No debierais comer y os erigís en amor. Sois inútiles para todo lo que no sea comodidades y vicio. Con esto último llegáis al refinamiento, os revolcáis, os cubrís de lodo. ¡Y tenéis la pretensión de regir á los demás hombres!

Compráis un braselete para vuestra querida ó un collar para nuestro perro, á cambio de la desocupación y el hambre de centenares de familias, y os apartáis con el caso del haraposos, para que no enocean vuestros trajes, y... ¡qué aberración! Educad haraposos, á quien vosotros habéis reducido á la miseria, no arrastras á vuestras pies, por una sonrisa vuestra... Casi estoy para decir que hacéis bien en tratarlos á puntapiés. ¡Por idiotas!

Si; porque esos mendigos, esos haraposos, la plebe, el populacho, como vosotros llamáis a los que despojáis, no tienen más que cruzarse de brazos para anonadaros, imbéciles orgullosos!

Vosotros, tan estrados, tan perfumados, tan polichinelas, con **vuestro** traje último figurín, tan depotas y altaneros, cuando tenéis todo, como cobardes, cuando no poseéis nada, os suicidaréis antes que sufrir las penalidades del trabajador.

¡Entonces sí que sabrías el derecho que tiene á las comedidas y á la vida el que va vestido de remiendos!

FRANCISCO PÉREZ

"La Rebelión"

En el próximo número verán nuestros lectores la reforma llevada a cabo por el grupo redactor de este periódico.

También notará nuestros compañeros un pequeño cambio en el presente número, debido a que, tan antes mucha premura en publicar la interesante INTERVIEW hecha a Roberto de la Carerra.

Pedimos que siendo el formato del próximo número más grande y mejor impreso, contribuya de un modo eficaz para un contentamiento, que significará de un modo u de otro, un nuevo adelanto para la propaganda en Montevideo.

A la obra, pues. Nosotros haremos todo el esfuerzo posible para poder siquiera ponernos a la altura de la reforma proyectada.

Nicola R